

—¿Y? —repite—. ¿Para cuándo quieres la entrega?

Froto dos dedos con fuerza sobre la ceja izquierda. Las punzadas se hacen más intensas.

—No tiene importancia —respondo.

La empleada toma el paquete. La misma caja de zapatos que estaba en mi porche hace menos de veinticuatro horas, envuelta de nuevo en una bolsa de papel color café, sellada con cinta de embalaje transparente, exactamente como la había recibido yo. Pero ahora, en el lugar del destinatario, hay un nombre nuevo. El siguiente en la lista de Hannah Baker.

—La docena de Baker —murmuro. Luego me enoja siquiera notarlo.

—¿Disculpa?

Sacudo la cabeza.

—¿Cuánto es?

Coloca la caja sobre una bandeja de goma y se pone a teclear una secuencia de números.

Apoyo sobre el mostrador el envase de café que había comprado en la gasolinera y echo un vistazo a la pantalla. Extraigo unos billetes de mi tarjetero, saco unas monedas de mi bolsillo y pongo el dinero sobre el mostrador.

—Creo que el café todavía no te hizo efecto —dice ella—. Falta un dólar.

Le entrego el dólar restante y me froto los ojos somnolientos. Cuando doy un sorbo, el café está tibio y resulta más difícil de tragar. Pero tengo que despertarme de alguna manera.

O tal vez no. Tal vez sea mejor sobrellevar el día medio dormido. Tal vez sea la única manera de sobrellevar el día.

—Debería llegar mañana a esta dirección —dice—. Quizás, pasado mañana —luego deja caer la caja dentro de una carretilla que tiene atrás.

Debí haber esperado hasta después del colegio. Debí haberle dado a Jenny un último día de paz.

Aunque no se lo merezca.

Cuando ella llegue a casa mañana, o al día siguiente, encontrará un paquete en la puerta de entrada. O tal vez lo encuentre sobre su cama si su mamá, o su papá o cualquier otro llega antes. Y se emocione. Yo me emocioné. ¿Un paquete sin remitente?

¿Se olvidaron o fue a propósito? ¿Tal vez, de un admirador secreto?

—¿Quieres un recibo? —pregunta la empleada.

Sacudo la cabeza.

Una pequeña impresora eyecta uno de todos modos. La observo arrancar el comprobante contra la pieza de plástico dentada y dejarlo caer en la papelera.

Solo hay una oficina de correos en la ciudad. Me pregunto si la misma empleada atendió al resto de las personas en la lista, aquellas que recibieron este paquete antes que yo. ¿Habrán conservado sus recibos como un recuerdo morboso? ¿Los habrán escondido en la gaveta donde ponen su ropa interior? ¿Los habrán fijado en tableros de corcho?

Casi le pido que me devuelva mi recibo. Casi le digo: “Lo siento, al final decidí llevármelo”. De recuerdo.

De todos modos, si hubiera querido un recuerdo, podría haber hecho copias de las cintas o podría haber guardado el mapa. Pero nunca más en mi vida quiero volver a escuchar esas cintas, a pesar de que jamás voy a poder quitarme su voz de la cabeza. Y las casas, las calles y la escuela secundaria siempre seguirán allí para recordármelo.

Ahora está fuera de mi control. El paquete está en camino. Me voy de la oficina de correos sin el recibo.

En lo más profundo de la ceja izquierda, la cabeza me sigue latiendo con fuerza. Cada vez que trago saliva, me queda un

sabor amargo en la boca, y cuanto más me acerco al colegio, más cerca estoy de colapsar.

Quiero colapsar. Quiero desplomarme allí mismo en la acera y arrastrarme dentro de la hiedra. Porque inmediatamente después de la hiedra, la acera se curva, siguiendo el perímetro del estacionamiento del colegio. Cruza el jardín delantero y se mete dentro del edificio principal. Pasa por las puertas de entrada y se convierte en un corredor, que serpentea a través de las hileras de lockers y de clases a ambos lados, hasta llegar finalmente a la puerta siempre abierta de la primera clase del día.

Delante del aula, de cara a los estudiantes, estará el escritorio del señor Porter. Será el último en recibir un paquete sin remitente. Y en el medio del aula, situado justo una hilera hacia la izquierda, estará el escritorio de Hannah Baker.

Vacío.